

Trabajo Social: ensayos sobre tendencias y retos en Colombia

WILSON HERNEY MELLIZO ROJAS
SANDRA CAROLINA BAUTISTA BAUTISTA
Editores

UNIVERSIDAD DE
LA SALLE

Programa de Trabajo Social
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
2017

Trabajo social: ensayos sobre tendencias y retos en Colombia / Sandra Carolina Bautista Bautista y otros; compiladores Wilson Herney Mellizo Rojas, Sandra Carolina Bautista Bautista. – Bogotá: Ediciones Unisalle, 2017.

390 páginas: figuras, fotos; 23 cm.

ISBN 978-958-5400-60-3

1. Trabajo social - Investigaciones - Colombia - Ensayos, conferencias, etc. 2. Historia del trabajo social - Colombia - Ensayos, conferencias, etc. 3. Trabajo social como profesión - Ensayos, conferencias, etc. I. Bautista Bautista, Sandra Carolina, autora II. Mellizo Rojas, Wilson Herney, compilador

361.3 cd 22 ed.
A1583845

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ISBN: 978-958-5400-60-3
eISBN: 978-958-5400-61-0

Primera edición: Bogotá D. C., octubre de 2017

© Derechos reservados, Universidad de La Salle

Edición

Oficina de Publicaciones

Cra. 5 N.º 59A-44 Edificio Administrativo, piso 3

PBX: (571) 348 8000 Extensión: 1224

Correo electrónico: publicaciones@lasalle.edu.co

Dirección Editorial

Guillermo Alberto González Triana

Coordinación Editorial

Ella Suárez

Corrección de estilo

Rodrigo Díaz Losada

Diseño de carátula

Giovanny Pinzón Salamanca

Diagramación

Precolombi EU-David Reyes

Impresión

Xpress. Estudio Gráfico y Digital S. A.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento, conforme a lo dispuesto por la ley.

Impreso y hecho en Colombia

Contenido

Presentación	9
<i>Carlos Mario Ramírez Rave</i>	

Parte 1

Historia local de un proceso de institucionalización del trabajo social

Contexto histórico e institucionalización del trabajo social en Colombia	15
<i>Sandra Carolina Bautista Bautista</i>	
<i>Helena Mercedes González Gómez</i>	
<i>Tito Hernando Pérez Pérez</i>	

Importar, transformar y construir: diálogos entre el trabajo social y las ciencias sociales en nuestra América	53
<i>Wilson Herney Mellizo Rojas</i>	
<i>Gerardo Vélez Villafañe</i>	
<i>David Andrés Jiménez</i>	

El programa de Trabajo Social en la Universidad de La Salle: cincuenta años de historia	139
<i>Luz Marina Pava Barbosa</i>	
<i>Elba Luz Martínez Aponte</i>	

Trabajo social, derechos humanos y acciones gremiales en contextos de construcción de paz	179
<i>Alba Lucía Cruz Castillo</i>	
<i>Carlos Mario Ramírez Rave</i>	

Parte 2

Ensayos sobre los aprendizajes, saberes, debates y prácticas de trabajo social

Procesos de formación y líneas de investigación e intervención de trabajo social	195
<i>Wilson Herney Mellizo Rojas</i>	
<i>Ana Marcela Bueno</i>	
<i>Sandra Carolina Bautista Bautista</i>	
<i>Myriam Fernanda Torres Gómez</i>	
<i>Gerardo Vélez Villafañe</i>	
Claves para una lectura emergente de la formación en práctica del trabajo social en el siglo XXI	241
<i>Isabel Cristina Bedoya Calvo</i>	
<i>Alba Lucía Cruz Castillo</i>	
<i>Jenny Marcela López Gómez</i>	
La producción de conocimiento del trabajo social: aproximaciones a su problematización y tendencias en Colombia	265
<i>Ana Marcela Bueno</i>	
<i>Maribel Florián Buitrago</i>	
Acompañamiento a la formación integral en trabajo social	285
<i>Claudia Patricia Roa Mendoza</i>	
<i>Karin Viviana Suárez Puentes</i>	

Parte 3

Voces, registro, archivo y documentación del proceso de institucionalización del programa de Trabajo Social de la Universidad de La Salle

Voces del programa	317
Resoluciones y mallas curriculares	331

Parte 4

Reseñas de textos

La familia afronta la violencia: un aporte de trabajo social para entender e intervenir la violencia intrafamiliar <i>Myriam Fernanda Torres Gómez</i>	349
Desaparecieron y asesinaron a nuestros muchachos. El caso de Soacha: fronteras del sufrimiento, deber de reparación <i>Tito Hernando Pérez Pérez</i>	353
Aprender a ser familia. Familias monoparentales con jefatura femenina: significados, realidades y dinámicas <i>Maribel Florián Buitrago</i>	357
Perspectiva de género y mujer: conceptos básicos <i>Haydali Teresa Rodríguez Lombana</i>	361
Confianza: propuesta de un modelo teórico sobre su génesis y consolidación <i>Alba Lucía Cruz Castillo</i>	365
Manuales metodológicos para trabajo comunitario <i>Gerardo Vélez Villafañe</i>	369

La acción social de los derechos humanos <i>Wilson Herney Mellizo Rojas</i>	373
Revista <i>Tendencias & Retos</i> : veinte años promoviendo el encuentro a través de las discusiones disciplinares e interdisciplinares 1996-2015 <i>Ana Marcela Bueno</i>	377
Autoras y autores	383

Presentación

En el mundo, el trabajo social tiene una historia de más de cien años. En América Latina inicia con la conformación de la primera escuela de trabajo social en Chile, en 1925. En Colombia esto acontece en 1936 con la creación de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Colegio Mayor del Rosario. El programa de Trabajo Social de la Universidad de La Salle se creó treinta años después, en 1966, y en el 2016 celebró sus primeros cincuenta años. Ha sido una historia construyendo academia, construyendo universidad, pero sobre todo aportando a la construcción, a partir del debate, la formación, la investigación y las prácticas socioprofesionales del trabajo social en el país y en la región. Son cincuenta años de historia y tradición.

Como se mencionó en el párrafo anterior, en 1966 la Universidad de La Salle, fundamentada en su doctrina y práctica católica y en su compromiso social por la transformación de la realidad del país, abrió sus puertas para la formación de profesionales en trabajo social. De ahí en adelante, el devenir histórico de la formación, la investigación y la proyección social del

programa de Trabajo Social en la Universidad ha estado entrelazado con el desarrollo histórico, político y social del país. Esta relación con el contexto ha marcado el sentido político, ético y pedagógico que tiene la propuesta formativa de trabajadores y trabajadoras sociales en la Universidad. La rigurosidad teórica, el debate permanente, la producción de conocimiento pertinente y la reflexión pedagógica en contexto han caracterizado y dinamizado las estructuras curriculares y el sentido de la acción académica, investigativa y de proyección social del programa en la Universidad de La Salle. Este ha sido el sentido profundamente humanista que ha caracterizado a un programa con enorme vocación por una formación integral de nuestros profesionales.

Por ello, luego de cincuenta años de caminar, sostenemos que hablar del presente y el futuro del programa pasa por hacer una lectura histórica y permanente del contexto nacional y latinoamericano, para desde allí contextualizar los retos que hoy tiene como programa académico.

Como parte de los eventos conmemorativos de los cincuenta años, la Universidad de La Salle aprobó la propuesta de publicación presentada por el programa de Trabajo Social. Una publicación que ahora entregamos a la comunidad académica del trabajo social del país y de la región latinoamericana. Es una publicación que, a varias manos, busca presentar a la comunidad académica contribuciones al trabajo social y a las ciencias sociales en el país, producto de la historia de institucionalización del programa en la Universidad de La Salle.

La publicación convocó a la escritura a directivos, docentes, investigadores y profesionales egresados y egresadas del programa. Una comunidad académica que ha contribuido significativamente al desarrollo de una apuesta formativa, disciplinar y social que busca ser pertinente a los enormes desafíos del país, de las comunidades, organizaciones y sujetos con los cuales se construye e instituye el trabajo social. En este sentido, se conformó un equipo editorial encargado de orientar y regular académica y normativamente el proceso de la publicación. Para la elaboración de cada artículo se definió un equipo de trabajo, a cargo de un/a dinamizador/a quien fue responsable de convocar y coordinar su escritura y entrega al comité editorial. Gran parte de los trabajos que se presentan son resultados de investigación que

los grupos docentes adelantan en el grupo de investigación Trabajo Social, Equidad y Justicia Social.

En esta publicación se encuentran elementos de gran valor para entender y discutir el legado del programa durante cinco décadas de existencia. En tal sentido, se presentan tres partes.

La primera de estas, que se titula “Historia local de un proceso de institucionalización del trabajo social”, ubica al país, la región latinoamericana y las ciencias sociales como contexto y escenario histórico, teórico y epistemológico en el cual se crea, se desarrolla, institucionaliza e incide el trabajo social de la Universidad de La Salle. Asimismo, ubica hitos, giros y alcances de este proceso de institucionalización.

La segunda parte, “Ensayos sobre los aprendizajes, saberes, debates y prácticas de trabajo social”, aborda la reflexión, la producción y los debates teóricos, metodológicos y ético-políticos que se vienen realizando en el país en el campo de la formación, la investigación y la práctica profesional en trabajo social. En este sentido, presenta el legado y la contribución del programa de la Universidad de La Salle a estos asuntos cruciales para el trabajo social en Colombia.

La tercera parte tiene por título “Voces, registro, archivo y documentación del proceso de institucionalización del Programa de Trabajo Social de la Universidad de La Salle”. Esta, por un lado, acoge la voz, la experiencia y la trayectoria de vida de una de las exdirectoras del programa, quien reflexiona sobre la gestión y los retos de la formación de profesionales de trabajo social en el país, asuntos que emergen en su voz, trayectoria y contribución a que el programa se consolidara durante su tiempo de vinculación a la Universidad. Por otro lado, se presenta el archivo y la documentación del proceso de institucionalización del Programa y se recupera material archivístico importante y significativo de la oficialización, el reconocimiento y la acreditación.

Sea esta la oportunidad para agradecer a los estudiantes, docentes y directivos que han construido la historia paso a paso, quienes hoy son protagonistas de esta publicación con sus reflexiones y aportes. Este agradecimiento se hace extensivo a la comunidad de Hermanos Cristianos de La Salle por todo el apoyo incondicional que han dado al programa durante

su existencia, gracias a lo cual ha logrado constituirse en un referente de formación con calidad y excelencia que en esta nueva etapa histórica comienza a consolidar lazos de relación académica a escala internacional.

Se entrega una publicación a la comunidad académica del trabajo social y de las ciencias sociales para su conocimiento, reflexión y debate alrededor de las tendencias y los retos relacionados con los saberes, los aprendizajes y las prácticas profesionales y disciplinares del trabajo social que emergen en la historia de este proceso.

CARLOS MARIO RAMÍREZ RAVE

Director del Programa de Trabajo Social

Universidad de La Salle

Parte 1

Historia local de un proceso de

institucionalización

del trabajo social

**Contexto histórico
e institucionalización del trabajo
social en Colombia**

SANDRA CAROLINA BAUTISTA BAUTISTA
HELENA MERCEDES GONZÁLEZ GÓMEZ
TITO HERNANDO PÉREZ PÉREZ

Durante el 2016 se conmemoraron en Colombia ochenta años del trabajo social, contados a partir de su creación como programa de educación superior. Un paso clave en el proceso de profesionalización que se da en Bogotá con la fundación en 1936 por María Carulla de la primera escuela de servicio social, anexa al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, durante el Gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo (1934-1938). De esta historia, cincuenta años corresponden a la creación y trayectoria del programa de Trabajo Social en la Universidad de La Salle, hecho ocurrido en 1966, justamente en los momentos iniciales del movimiento de la reconceptualización del trabajo social.

A lo largo de estos años se han presentado sendas transformaciones políticas, económicas, culturales y ambientales en el país que han regido el destino colectivo y configurado el contexto histórico nacional, en el cual se construye y expresa el trabajo social. Un contexto que condiciona sus límites y posibilidades y señala sus retos y desafíos. Es una dinámica en la cual también se han configurado la institucionalización y la consolidación de las ciencias sociales en Colombia. Tanto el trabajo social como las ciencias sociales han buscado dar sentido y encontrar respuestas a las transformaciones de la sociedad colombiana, a sus efectos y posibilidades para la población, y lo han hecho a partir de su vinculación a instituciones públicas y privadas en las cuales la profesión actúa, investiga y se proyecta disciplinar e interdisciplinariamente, siempre contando con una enorme fundamentación ética y política. Su quehacer ha estado caracterizado por la convicción de que hay una estrecha relación dialéctica entre la realidad social, los marcos teóricos utilizados para interpretarla, su fundamentación ético-política y su praxis y compromiso socioprofesional.

Por ello, se entiende al trabajo social como una práctica social histórica institucionalizada y que a la vez cuenta con un saber y un saber hacer

reconocidos socialmente. En nuestro país se haya reglamentada en el Decreto 2831 de 1981, según el cual “se entiende por trabajo social la profesión ubicada en el área de las Ciencias Sociales que cumple actividades relacionadas con las Políticas de Bienestar y Desarrollo Social”. No cabe duda de que el trabajador/a social ejerce una acción social basada en un cuerpo de conocimientos (disciplina), prácticas y reflexiones que responden a las demandas socialmente reconocidas e históricamente construidas en diversos campos de intervención en los cuales se constituyen e instituyen las relaciones sociales, el territorio, la vida cotidiana y la participación social.

De ahí que la acción profesional se encuentre condicionada por el modelo de desarrollo vigente en cada momento histórico y por sus consecuencias sobre los problemas sociales, el ejercicio de derechos humanos y las políticas sociales. A este respecto, Eroles, Gagnetten y Sala (2004) recuerdan que el trabajo social tiene unos lazos históricos, ético-políticos y científicos con los derechos humanos, lo que supone el esfuerzo permanente por conseguir la justicia social y la igualdad de oportunidades.

Visto desde tal perspectiva, este escrito tiene como propósito señalar y aproximarse a pensar algunos acontecimientos políticos, económicos y sociales claves de la historia nacional. A este efecto se enfoca en la Colombia contemporánea. Se entiende que este es el panorama en el cual se insertan las tendencias, los retos y las respuestas que se ofrecen, se exigen y se requieren desde el ejercicio profesional, disciplinar y la formación académica del trabajo social. Más que una cronología, el texto presenta algunos de los hechos y tensiones más significativos que permiten comprender las realidades que han contribuido a configurar el campo de acción, reflexión e investigación en el trabajo social colombiano.

Para ello, se abordan dos grandes periodos. El primero expone, a manera de síntesis, elementos sobre la modernización de la economía y el Estado, así como la gestión pública de la profesión, dado que en su curso se organizan las primeras instituciones de formación de trabajo social, condicionadas también por las tensiones políticas de corte bipartidista y la dinámica de protesta social en los años cuarenta, cincuenta y sesenta. El segundo presenta la profundización del capitalismo en el país y su concreción neoliberal de los años setenta a la actualidad. En ese orden de ideas,

explora el avance de los procesos de globalización mundial y el fracaso de recetas impuestas por las políticas de ajuste, con enormes efectos sobre la cuestión social que vienen profundizando la desigualdad, la injusticia social, el empobrecimiento y la exclusión social, la concentración de la riqueza y el ingreso, así como la violencia sociopolítica. El capítulo se cierra con una reflexión sobre las apuestas centrales del trabajo social en la perspectiva de la construcción de paz, toda vez que se entiende que el reto central en la Colombia contemporánea es la realización de esta, aspiración esencial para la sociedad a lo largo del último siglo y que encuentra en los procesos de paz desarrollados recientemente una ventana de oportunidad fundamental.

Primer momento: el escenario político del Frente Nacional, el intento fallido de la industrialización por sustitución de importaciones y la protesta social

Entre diferentes analistas (Cifuentes *et al.*, 2014; Leal y Malagón, 2006; Malagón, 2001; Martínez, 2000; Saboyá *et al.*, 1981; Torres, 1987)¹ existen acuerdos sobre el origen del trabajo social como profesión para atender las consecuencias de la modernización capitalista, las cuales, desde una primera perspectiva de carácter funcionalista, fueron entendidas como disfuncionalidades y desequilibrios sociales. Las primeras escuelas de servicio social y los programas de trabajo social se impulsaron en el periodo 1936-1958 (Leal, 2015), en el contexto del proceso de modernización e intento de industrialización en el país que derivó de la consolidación del capitalismo a escala urbana y rural. En cuanto al surgimiento de esta disciplina, Chilito *et al.* (2011) señalan:

En América Latina, durante los años 30's y 50's, se inicia el proceso de industrialización, el cual no fue homogéneo ni se dio al mismo tiempo en

¹ Estos autores en sus respectivos estudios sobre la historia del trabajo social coinciden de manera general en reconocer momentos vividos por la profesión identificados como *clásico*, la *reconceptualización*, *contemporáneo* y la propuesta del *trabajo social crítico* que no se han seguido exactamente en este documento.

toda la región continental, dado que respondió a las particularidades de cada país, sin embargo existen rasgos comunes ligados a las crecientes urbanizaciones desplanificadas, donde fue necesaria la implementación de “políticas de bienestar” paliativas, como respuesta a las crecientes expresiones de la “cuestión social”, denunciadas en diversas manifestaciones de las organizaciones de base populares; de esta manera se fortalece una alianza entre élites económicas nacionales, con los gobiernos de turno y la iglesia católica, para apaciguar y adoctrinar a las masas desde diferentes frentes. (p. 77)

En dicho momento histórico, el trabajo social responde con “ponerse en los zapatos” de las poblaciones “marginadas” —llamadas así en ese momento— y hacer empatía, acusando en ello la influencia de la psiquiatría y el psicoanálisis. Sin embargo, se tropieza cuando camina con tales zapatos y por ello se ve en la necesidad de comprender esas situaciones y generar conocimiento, con la influencia de la escuela sociológica estructural funcionalista.

La violencia bipartidista y el Frente Nacional, de su apuesta por la paz a la generación de una nueva confrontación política

La génesis del programa de Trabajo Social de la Universidad de La Salle se encuentra en las décadas de los sesenta y los setenta. Un contexto político, económico y social que en Colombia se caracterizó por la implementación del acuerdo bipartidista (liberales y conservadores) del denominado Frente Nacional, planteado como una salida *por arriba* a la violencia que se había generado en el país a partir de la década de los treinta y que tuvo su periodo más crítico a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta. Sin embargo, es necesario entender lo que ocurre antes, en el lapso previo al Frente Nacional, con algunos hechos relevantes de los años veinte, treinta y cuarenta.

La década de los veinte se caracterizó por la disputa y la protesta en torno al acceso y la propiedad sobre la tierra por parte del movimiento campesino, así como por la reivindicación de derechos sociales —especialmente

de las y los trabajadores—, situación que presionó la caída de los gobiernos conservadores del momento y permitió el ascenso al poder de gobiernos liberales, con los cuales iniciaron una serie de reformas con miras a la modernización de la economía y del Estado.

Tal época abarca la llamada República Liberal (1930-1946), periodo en el cual, producto de las presiones sociales, se hizo un intento de reforma agraria que en realidad no tuvo efecto en los problemas estructurales de este campo. Se llevó a cabo una primera fase de industrialización, pero también se crearon escenarios de retaliación y radicalización política entre los partidos Liberal y Conservador, y ello condujo a lo que el investigador francés Pierre Ghiloes (1974) denominó *Violencia chiquita*, escenario que antecede a la violencia bipartidista de los años cuarenta y cincuenta.

En ese contexto surge la primera escuela de trabajo social en el país, en un proceso que responde a las concepciones y demandas de la época. A este respecto, Cifuentes *et al.* (2014) señalan:

La profesión comienza con el auge de las políticas liberales y sociales y el inicio del estado de Bienestar en Colombia que, en el contexto mundial, se caracterizaron por ser de beneficencia y asistencia pública. La formación se orienta desde lineamientos de la Unión Católica Internacional. El pensamiento que circulaba, derivaba de la experiencia en Estados Unidos, donde el Trabajo Social era ejercido en hospitales, con funciones instrumentales y secretariales del personal médico (Quintero, 2012). En este período es evidente la prevalencia de la discusión ética e ideario católico (Malagón, 2001). El análisis de planes de estudio (Martínez, 1981) permite inferir concepciones de formación: en lo epistemológico no hay cursos destinados a dar cuenta del carácter, sentido o historia del Trabajo Social. Es probable una consciencia filosófica incipiente, construida desde una práctica basada en el uso de técnicas y procedimientos de vocación doméstica, como opción por la intervención, con orientación ética. Referían variedad progresista del ideario católico *de la Iglesia* en las encíclicas papales *Rerum Novarum* de León XIII de 1841 y *Quadragesimo Anno* de Pio XI de 1931, para contrarrestar la influencia del marxismo y la lucha emancipadora socialista. (p. 7)

De acuerdo con las autoras, la formación profesional de aquel momento resultó eminentemente técnica y dominada por una concepción empirista, sin articulación con la fundamentación metodológica en trabajo social, lo que derivó en la clara diversidad de funciones que se atribuían a las visitadoras sociales en la promoción de ciertos roles tradicionales de la mujer y obligó a una educación especialmente instrumental, asociada a formas de comportamiento y desarrollo de oficios (Martínez, 2000). Bajo tales parámetros, se concebía como profesión la forma de intervención social centrada en el ámbito de lo doméstico, con orientación ético-católica y que privilegiaba una formación ética fundamentada en principios de la Iglesia católica como la dignidad humana, la solidaridad y la caridad con los más pobres.

En el contexto nacional, la imposibilidad de resolver los problemas de la tierra, la debilidad de la democracia y la no resolución de los conflictos por medios pacíficos llevaron al país en los años cuarenta y cincuenta a la disputa armada entre conservadores y liberales. Este periodo de la llamada *violencia bipartidista*, dejó un alto número de víctimas y se destacó por la crueldad con que se perpetraron los crímenes, situación expuesta de manera clara y detallada por Fals Borda, Guzmán y Umaña Luna (1962). Las animadversiones gestadas en contra de las disidencias políticas del momento, particularmente los liberales gaitanistas, diferentes organizaciones de izquierda y del movimiento social generaron un caldo de cultivo propicio para el paulatino ensanchamiento de la violencia, que encontró en el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, máximo líder del Partido Liberal, un punto de inflexión. Fruto de tales circunstancias se crearon las autodefensas liberales, las cuales posteriormente hicieron tránsito a lo que se conoció como las guerrillas liberales de los años cincuenta.

Los anteriores hechos y una sociedad cada vez más polarizada llevaron a las élites a plantear como alternativa un gobierno de mano dura, que llegó al poder por la vía de un golpe de Estado, a la usanza de otros países de la región. Entonces, a la cabeza del Ejecutivo se instaló una junta militar con la jefatura del general Rojas Pinilla, quien practicó una política de pacificación con algunos sectores de la guerrilla liberal, pero al mismo tiempo respondió con una fuerte represión a los reclamos de diversos sectores civiles, fuerzas de izquierda y otras tendencias liberales de la época.

Tras un periodo de coacción y populismo —de garrote y zanahoria—, el Gobierno militar fue reemplazado por el acuerdo del Frente Nacional, pactado entre las élites liberal y conservadora con el propósito de superar la violencia entre los partidos políticos y retomar el control del aparato del Estado. Según Bushnell (2004):

El derrocamiento de Rojas Pinilla dio paso a una nueva era de reconciliación política y paz doméstica, que favorecería el rápido desarrollo social y económico de Colombia. Estos objetivos se lograron en gran medida, aunque, a juzgar por los resultados, cuanto más progreso se conseguía en un área, más problemas se evidenciaban en otras. (p. 305)

Resulta importante resaltar que el acuerdo fretenacionalista se caracterizó también por el claro desconocimiento de responsabilidades por parte de las dirigencias de los partidos con respecto a la violencia en las décadas precedentes, tal y como se constata en la Declaración de Sitges, de 1957, documento que da vida al Frente Nacional y en el cual se afirma que “la perduración y alarmante avance del bandolerismo, (es) atroz fenómeno de menosprecio de la moral y de las leyes desconoce por las generaciones anteriores” (citado en Bastidas y Gómez, 2005, p. 518). Se trató, por tanto, de un pacto de silencio y olvido que si bien redujo la confrontación entre partidos, no dispuso la violencia política, sino que hizo blanco preferente en grupos de oposición ubicados en zonas rurales, los cuales tras sendas operaciones militares dieron pasos en firme hacia la conformación de las primeras guerrillas de izquierda a mediados de los años sesenta.

En lo socioeconómico, en los años sesenta no hubo cambios significativos en los patrones generales de la desigualdad, a pesar de mejoras sustanciales en los indicadores sociales y de un crecimiento importante del Producto Interno Bruto (PIB), con tasas que superaron el 3% durante la década (Ocampo, Avella, Bernal y Errázuriz, 2007). En el campo de la educación, por ejemplo, el crecimiento observado es importante ya que el porcentaje de población de quince o más años que no recibía ningún tipo de educación pasó de 41,9% en 1951 a 27% en 1964, en tanto que la tasa de analfabetismo se redujo de 21,3 a 14,4% en zonas urbanas y de 50,5 a

40,6% en zonas rurales. Pese a estos logros, la concentración del ingreso mostró una vez más los altos niveles de inequidad que han caracterizado al país históricamente, sobre todo en el ámbito rural, ya que el 10% más rico de quienes habitaban dichas zonas obtenía el 48% del ingreso, proporción mayor a lo observado en lo urbano, donde el 10% más rico recibió el 41% de los ingresos.

De tal manera, las amplias brechas de desigualdad económica y social confluyeron con las deficiencias de la democracia colombiana, potenciadas por el pacto del Frente Nacional, para generar un amplio cuestionamiento al orden establecido, así como la búsqueda de diversas alternativas políticas y académicas que sin duda marcaron el proceso de institucionalización del trabajo social en La Salle.² Hacia finales de los años cincuenta el país avanzó de manera importante en la cualificación y reflexión de un cuerpo profesional para la intervención, y ello coincidió con la creación de instituciones de bienestar para impulsar políticas sociales que también se gestaron durante el Frente Nacional, en particular durante el segundo periodo, presidido por el conservador Guillermo León Valencia (1962-1966). Aquel fue el contexto en el cual —hacia 1965— se creó el Consejo Nacional de Escuelas de Trabajo Social (Conets), para apoyar procesos académicos y curriculares.

Los intentos de industrialización y el desarrollismo

Durante el periodo de institucionalización de la formación del trabajo social en La Salle, América Latina afianzó las políticas propuestas por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), conocidas como la industrialización por sustitución de importaciones, propuesta que también impactó la política económica colombiana y demandó una mayor intervención del Estado en asuntos económicos y sociales. En aquellos años se instalaron con fuerza en la agenda, los temas y problemas de las ciencias sociales y del trabajo social, la búsqueda del desarrollo económico y social como horizonte de sentido colectivo, a la par que aparecieron preocupaciones sustanciales por temas como el crecimiento de las ciudades

² Carrera fundada en 1966, apenas un año después de la apertura de la universidad.

y la pobreza, tanto en el ámbito rural como en el urbano, problemas desde aquel momento vistos como impedimentos para la consecución del *progreso*.

El periodo económico considerado en esta primera etapa es conocido como los *treinta gloriosos*, la época de mayor expansión económica y social del capitalismo (Ronsavallon, 1995), al menos en los países del norte global. Se trata del auge pleno del modelo de Bretton Woods —instaurado al término de la Segunda Guerra Mundial—, el cual sustentaba el modelo de desarrollo keynesiano o de Estado de bienestar y trazó la perspectiva de organización social, política, económica y cultural de los países centrales del capitalismo. En un marco de disputa en todos los ámbitos con los países del socialismo real, articulados bajo la égida de la Unión Soviética, el desarrollo en versión capitalista occidental acentuó el papel regulador del Estado, tanto para la construcción de mercados nacionales, la industrialización y la modernización de instituciones y culturas, como para la gestión directa de lo social, considerando que *el aparato social se convertía en la pieza clave para la articulación de los procesos de acumulación*. El desarrollo y el progreso fueron comprendidos fundamentalmente como logros mediante el crecimiento económico carente de límite, en un movimiento de ascenso continuo que llevaría a las sociedades a escalar de una posición inferior a una superior, desde el subdesarrollo al desarrollo pleno, para lo cual contaban con la intervención de países del capitalismo central.

Frente a esta situación, en América Latina a partir de la Cepal se plantea como alternativa para superar el atraso y la dependencia la mencionada política de industrialización por sustitución de importaciones. Ocampo, Avella, Bernal y Errázuri (2007) señalan que Colombia no fue ajena a estos postulados y que en el país, durante los años sesenta y setenta, especialmente, se generó una política de sustitución de importaciones, mediante el uso de tarifas y cuotas de importación, así como a través de la implementación de incentivos fiscales y otras formas más directas de participación oficial, entre las cuales estuvo la ayuda financiera procedente de la entidad gubernamental para el desarrollo industrial: el Instituto de Fomento Industrial (IFI).

Los resultados obtenidos por Colombia luego de esta fase de industrialización, si bien no fueron los esperados, mostraron avances significativos que en décadas posteriores iban a sufrir un importante retroceso. Tanto las

manufacturas de bienes de consumo durables como las de bienes de capital aumentaron su participación en el total de la producción industrial, pero el modelo conservaba una fuerte dependencia de capitales y tecnologías del exterior. De igual manera, permitió la incorporación de un amplio número de trabajadores y trabajadoras en el sector industrial, lo cual presionó incluso políticas sociales de más largo aliento como la creación del sistema de cajas de compensación familiar, la creación de subsidios para salud, vivienda y educación y la ampliación de los servicios del Seguro Social.

Ahora bien, la confluencia de los intentos de industrialización, los fenómenos de pobreza y violencia en el campo, el incremento en las tasas de fecundidad y la caída en las tasas de mortalidad condujeron a un rápido crecimiento de las ciudades, de manera que la población urbana del país pasó de 39% en 1951 a 52% en 1964, y llegó a 59% en 1973 (Sánchez, 2008). Este proceso de urbanización y transición demográfica trajo consigo la configuración de nuevos asentamientos y poblaciones que demandaron propiedad de la tierra en lo urbano, cobertura de servicios públicos, acceso a servicios de salud y educación, así como puestos de trabajo, elementos que en conjunto llamaron la atención del trabajo social como profesión de reciente institucionalización.

De acuerdo con Manuel Manrique (1982), una de las perspectivas para la configuración de trabajo social que emergen del contexto esbozado fue el *desarrollismo*, entendido como un discurso que sintetizó las aspiraciones por transformar condiciones oprobiosas de comunidades empobrecidas, pero en una vertiente que favoreció el fortalecimiento de las instituciones del capitalismo, tanto en el ámbito del mercado como en el del Estado. De tal manera, el acumulado forjado por el trabajo social en términos de trabajo comunitario fue encauzado por diversas entidades multilaterales, como la Organización de las Naciones Unidas (ONU), hacia la noción de desarrollo comunitario, la cual fácilmente tendió puentes al desarrollismo y promovió la formación de profesionales con perfiles propios de funcionarios vinculados a las estructuras burocráticas que el momento exigía.

En el caso colombiano, durante el gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1978) y en el marco del proceso de profesionalización se encuentra la conformación del Consejo Nacional de Trabajo Social, mediante la Ley

53 de 1977, por la cual se estableció el ejercicio de la profesión de trabajo social, reglamentado posteriormente por el Decreto 2833 de 1981 y oficializado en Bogotá el 16 de julio de 1986. En consonancia con la perspectiva desarrollista, el marco jurídico de la profesión estableció:

Como obligatorio para las empresas que tengan un número elevado de trabajadores, que deberá ser calificado por el Gobierno, contratar para el servicio de los mismos, trabajadores sociales con el objeto de que colaboren con ellos para el desarrollo de políticas de empleo, salario e inversión de los mismos. (Ley 53 de 1977)

El proceso, sin embargo, no avanzó sin resistencias. En 1966, momento en el cual inicia el programa de Trabajo Social en la Universidad de La Salle, irrumpe en el escenario profesional y académico el proceso de la *reconceptualización* (1965-1985), resultado de los debates emergentes en la profesión, al calor de las transformaciones y luchas de países periféricos del capitalismo por un mundo diferente. Este proceso acrisoló las preguntas sobre su quehacer en las generaciones de trabajadoras y trabajadores sociales de la época: ¿a quién servimos?, ¿cuál es la concepción de lo social que guía la intervención?, ¿trabajo social ciencia, arte o técnica?, ¿cómo está ubicado el trabajo social en las ciencias sociales? Para construir las respuestas la profesión acudió a muchos autores dentro de la sociología, la antropología, la psicología y los movimientos sociales, y también de pensamientos filosóficos como, por ejemplo, el existencialismo. De igual manera, pactos internacionales como la Declaración de los Derechos Sociales, Económicos y Culturales (DESC) de 1966, o la Proclamación de los Derechos de los Niños de 1959, entre otros, incidieron en la construcción y consolidación del perfil para la acción social, para la intervención.

El escenario internacional y los flujos y reflujos de la protesta social en Colombia

Por último, los años sesenta y setenta se caracterizaron por el auge de diversos movimientos sociales y políticos que presionaron de los Estados

compromisos efectivos en la realización de derechos sociales, económicos, políticos y culturales. Hechos como la revolución cubana, los movimientos *hippies*, mayo de 1968, los movimientos de mujeres, de afrodescendientes, indígenas y los procesos de descolonización en África y Asia influirán en la situación social de las diferentes naciones empobrecidas del mundo, incluida Colombia.

Los efectos de la situación económica en los países latinoamericanos se expresaron en una puesta en cuestión de la organización social, política y económica que se expresó a través de los distintos movimientos de liberación nacional, uno de cuyos hitos fue la revolución cubana. Pero más allá de ello, en toda América Latina se pusieron en cuestión las distintas formas de gestionar la crisis social y política por parte de las dictaduras de diferente cuño y la búsqueda de cabida a las demás transformaciones estructurales tanto rurales como urbanas (Brittain, 2005). Colombia no fue ajena a este panorama de fracaso del modelo de sustitución de importaciones promovido por la Cepal en estos confines del planeta, en el cual las exigencias de los grupos sociales subordinados tuvieron dos grandes catalizadores, el movimiento social campesino y el estudiantil.

La mayor organización campesina de Colombia, y en su momento de América Latina, fue la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Creada por el Estado colombiano en 1967, con el objeto de impulsar la producción agropecuaria que sustentara la industrialización en las ciudades, en el marco de un nuevo intento de reforma agraria. No obstante, no logró una transformación de la estructura agraria y, por consiguiente, tampoco llegó a ser la proveedora de alimentos y materias primas a bajos precios para dicho objetivo. Sí se convirtió en un catalizador de un modelo de desarrollo fundamentado en la violencia, como claramente lo ha demostrado James Brittain (2005).

Este proceso desencadenó ingentes luchas campesinas en los años sesenta y setenta, pues las leyes de reforma agraria como la 200 de 1936 y la 135 de 1961, al igual que la conformación de las instituciones del sector agropecuario, eran calmantes suministrados muchas de las veces a través de la titulación de algunos baldíos (Centro Nacional de Memoria Histórica

[CNMH], 2016), mientras el campesinado continuaba viviendo en el abandono y la desesperanza.

En 1967, el gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo había impulsado la formación de la ANUC, con el supuesto de que podría tenerla bajo su control, y en 1968 creó mediante el Decreto 755 la nueva asociación, que en ese año contaba ya con seiscientos mil miembros registrados en 188 filiales regionales. Se caracterizó desde un inicio por el hecho de que en su seno convergían dos tendencias: de una parte, figuraban quienes consideraban que el gobierno realizaría la esperada reforma agraria, y de otra los que creían que esta debía ser fruto de la iniciativa campesina (Alturo, Peña y Bohórquez Montoya, 2011).

Así, 1971 y 1972 se caracterizaron por grandes movilizaciones y recuperaciones campesinas de tierra por la vía de hecho. En enero de 1972, los terratenientes y el Ministerio de Agricultura se reunieron en Chicoral, Tolima, y aprobaron la conveniencia de legislar en contra del movimiento campesino e impulsar una contrarreforma agraria que se conoce con el sobrenombre de *Chicoralazo*. Las decisiones allí tomadas causaron malestar en la ANUC y redundaron en la separación definitiva de las dos tendencias y su materialización en dos vertientes separadas: la ANUC-Línea Sincelejo, que defendía la intención campesina de realizar por sí misma la reforma agraria, y la ANUC-Línea Armenia, que propendía por una reforma liderada desde la institucionalidad (Bohórquez Montoya y O'Connor, 2012). En términos generales, la lucha campesina que se extendió hasta los años ochenta estuvo marcada por “demandas propiamente campesinas, crédito de producción, facilidades de comercialización, acceso a la tierra y medidas de reforma agraria” (Suhner, 2002, p. 58).

En lo que concierne al movimiento estudiantil, tales organizaciones no son ajenas a la realidad internacional y las lógicas nacionales. Como describe Archilla (2012), la radicalización del movimiento estudiantil colombiano desde finales de los años cincuenta estuvo en consonancia con procesos similares en el plano global, donde la revuelta estudiantil global, condensada en mayo de 1968, sería su mejor expresión. En el caso de América Latina, además del impacto de la Revolución Cubana, las luchas contra las dictaduras y las movilizaciones en pro de reformas de fondo, especialmente agrarias,

también van a significar la aparición de nuevas formas de reivindicación de los derechos de los estudiantes. Todo ello era caldo de cultivo para que una juventud que anhelaba cambios se radicalizara, a lo que ayudó la cada vez más notoria presencia del pensamiento crítico, especialmente del marxismo, en las universidades. Como se puede observar, el movimiento estudiantil no es ajeno a las realidades del contexto internacional y reacciona a las políticas internas buscando mejores garantías, tanto en el ámbito de lo educativo como en los escenarios del ejercicio profesional.

Este periodo es, como claramente lo ha señalado Suhner (2002), la unión de una serie de “movimientos policlasistas y alianzas de pobladores tanto urbanos como rurales que se constituyen alrededor de demandas relacionadas con una región y su desarrollo, exigiendo del Estado inversión en infraestructura y servicios públicos, servicios sociales, solución a problemas ambientales, etc.” (p. 58).

El auge de la protesta social en Colombia tuvo su punto más importante en el paro cívico nacional del 11 de septiembre de 1977, en el que participaron más 1 300 000 huelguistas, se produjo la articulación de las organizaciones más importantes del movimiento social del momento e implicó la parálisis de más del 90% del transporte y por lo menos el 60% de la industria, sobre todo en ciudades como Bogotá, Barranquilla, Cali, Cúcuta, Ibagué, Villavicencio, Santa Marta y Cartagena (Sánchez, 2009). Este dinamismo en el campo social confluyó con el repunte en el accionar de las insurgencias, particularmente del Movimiento 19 de Abril-M-19, organización que a través de sendas acciones de propaganda armada, como la sustracción de la espada de Simón Bolívar o el robo de más de cinco mil armas de un emplazamiento militar en Bogotá, logró situarse en el debate político nacional.

Ante tal panorama de agitación social y política, las élites, con el gobierno de Julio César Turbay Ayala (1978-1982) a la cabeza, impusieron el Estatuto de Seguridad mediante el Decreto 1923 de 1978, instrumento jurídico de represión que agudizó de manera extrema las violaciones de derechos humanos que, entre otros efectos, dejaron un saldo de más de sesenta mil personas detenidas durante el primer año de dicho cuatrienio (Piccoli, 2004). Este contexto dio paso a la conformación de las primeras organizaciones